

DAVID RIEFF

El fin del imperio

El detonante de la guerra en Irak ha cuestionado fuertemente el actual sistema internacional acuciado por la crisis de legitimidad de Naciones Unidas, el unilateralismo de EEUU y las violaciones del Derecho Internacional, sin dejar de lado otros problemas globales no solo no resueltos sino, en algunos casos, agravados en el último tiempo como la disminución de la pobreza, el logro de la paz, la justicia internacional o el respeto de los derechos humanos en base al principio de ciudadanía global. El autor reflexiona en este artículo sobre la devaluación de la idea del internacionalismo y la responsabilidad de EEUU al respecto, y compara las visiones de los idealistas y los realistas para la conformación de un mundo global. Así mismo, se pregunta sobre la viabilidad del sistema internacional tal y como se encuentra en la actualidad.

Presentemos la postura de los pesimistas: aparte de todo lo que se pueda lograr en un futuro, la guerra en Irak parece haber sido el detonante del fin del sueño de la ciudadanía global, que nació hace algo más de medio siglo en San Francisco durante la creación de Naciones Unidas. En vez de un orden mundial apoyado, aunque imperfectamente, en la idea de la seguridad colectiva, la realidad tras los atentados del 11-S es que la nación más poderosa del mundo, EEUU, ha decidido poner del revés al sistema internacional. Aquel sistema estaba basado en unos Estados poderosos comprometidos a no hacer todo lo que estaba en su poder. No asumieron estas limitaciones por puro altruismo o bondad (los Estados son Estados, no instituciones benéficas), sino gracias a la verdad surgida de la situación tras la II Guerra Mundial de que las ventajas del multilateralismo superaban con creces sus riesgos. El unilateralismo, según mostró la experiencia nazi, era demasiado peligroso en manos de un régimen maligno e insuficiente en una democracia. De ahí que los organizadores de Naciones Unidas, entre los que destacaron estadounidenses tan distinguidos como Franklin Delano Roosevelt, Eleanor Roosevelt y Ralph Bunche, intentaron constreñir las naciones dentro de la camisa de fuerza legal de la seguridad colectiva.

En realidad, este sistema jamás llegó a funcionar correctamente. Por mucho que la guerra fuese proscrita por la Carta de Naciones Unidas, salvo en los casos de legítima defensa o de amenazas contra la seguridad colectiva, en la práctica, esto no era mucho más vinculante de lo que fuera el Pacto Kellogg-Briand de 1928, que proscribía la guerra. Además, durante la Guerra Fría, tanto EEUU como la Unión Soviética persiguieron ante todo sus propios intereses, y cuando lo esti-

David Rieff es miembro del Council on Foreign Relations y autor de numerosos libros sobre Relaciones Internacionales. Su último libro es *Una cama por una noche: el humanitarismo en crisis*, publicado por Taurus.
©David Rieff 2004

Traducción:
Leandro Nagore

maban necesario recurrían a la guerra, normalmente a través de terceras partes y, por lo general, en el Tercer Mundo. Esto tendría que haber sido suficiente motivo como para convencer a cualquier persona inteligente de que las nuevas y valientes normas de conducta internacional enmarcadas en los documentos fundacionales de Naciones Unidas, como la propia Carta de la ONU y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, eran poco más que la expresión de unas ambiciones morales colectivas. En base a cualquier criterio objetivo, el mundo seguía siendo el mismo matadero de siempre.

Tal pesimismo resulta indigesto para la mayoría de las personas, salvo en los momentos más siniestros, por los motivos humanos más obvios y comprensibles. Ninguna persona sensata quiere pensar que no hay esperanza de un mundo mejor, como tampoco desean creer que no hay esperanza para ellos y sus familias. Aunque toda generalización sea odiosa, los estadounidenses se sienten, como pueblo, especialmente atraídos por las visiones más optimistas y, cuanto más mejor, respecto de la política; como lo son en cuanto a las posibilidades de plenitud personal. Poseen una profunda convicción de que el presente es mejor que el pasado y que, incluso cuando no lo es, el futuro brilla resplandeciente.

No fueron sólo estas predisposiciones psicológicas y culturales las que llevaron a que las generaciones posteriores a 1945 creyesen en una ciudadanía global, en una comunidad internacional y en la posibilidad de una democracia y una justicia global. En una época en la que, en Europa occidental y en EEUU, las personas se enriquecieron hasta niveles inconcebibles y en la que las campañas nacionales en favor de la justicia —los derechos de las mujeres, el movimiento de los derechos civiles, los derechos laborales— parecían haber tenido éxito, a pesar de lo difícil del cometido, en dar un vuelco a lo que muchos conservadores habían considerado como el orden “natural” de las cosas, ¿por qué resultaba tan poco razonable o realista soñar en un mundo en el que otras condiciones “naturales” y, ante todo, la guerra en sí se lograsen controlar?

Hoy en día, y teniendo en cuenta la situación en Irak, tales probabilidades parecen descabelladas, como de otro mundo. La era económica de reducidas expectativas en la que hemos estado viviendo desde el colapso de la bolsa de finales del último siglo, se refleja ahora en una época de rebajadas expectativas políticas. Del mismo modo que se observaba una “exuberancia irracional” entre los inversores que creían (o fueron engañados a creer, según se perfila hoy) que los mercados sólo crecerían, las personas que se preocupaban por la justicia internacional fueron presas de lo que, retrospectivamente, parece una equivocación trágica —que cambios positivos en el Derecho Internacional llevarían a cambios en la realidad del mundo y, ante todo, en aquellos lugares en los que los abusos de los derechos humanos, el sufrimiento y la necesidad son extremos—. Según proseguía la narración, si sólo fuésemos lo suficientemente creativos y comprometidos, nos tomásemos seriamente nuestro compromiso internacional, y si usásemos el sistema internacional, sobre todo el de la ONU, de la forma idealista concebida por personas como Eleanor Roosevelt, el mundo podría ser un lugar distinto.

¿Quién se cree realmente esto hoy en día? Como me comentó recientemente un amigo, “en la ONU nos gusta decir que si la organización mundial no existiese,

el mundo debería inventarla. Pero todos sabemos que personas de la categoría de aquellas que la fundaron no existen en el panorama de la política internacional contemporánea. En otras palabras, no podríamos inventarla hoy en día”.

Dudo de que esté equivocado. Con la posible excepción del primer ministro británico, Tony Blair, ni un sólo jefe de Estado de un país democrático parece ser, a la vez, genuinamente inteligente y realmente comprometido con una serie de principios por los que estaría dispuesto a arriesgar su futuro y su carrera. Decir esto no supone, necesariamente, aprobar los principios con los que se ha comprometido Blair, tan sólo el honrarlo por adherirse a ellos. Ante unas circunstancias morales e intelectuales tan empobrecidas, ¿quién se atreve a tener esperanzas?

Sin duda, según los datos electorales, el pueblo estadounidense no. Aunque en los años noventa persistiesen grandes esperanzas respecto a lo que se podía ganar con intervenciones internacionales, no es fácil encontrar vestigios de esto en la actualidad. Muchas personas todavía quieren creer en Naciones Unidas –aunque cada vez sean menos, y no sólo en la derecha contraria a la ONU–. Muchos aún abrigan esperanzas en cuanto al potencial emancipador de la llamada, de forma demasiado autohalagüeña, sociedad civil internacional, y que en la práctica se suele componer de grupos medioambientales, organizaciones de ayuda humanitaria y asociaciones de derechos humanos. Incluso existe la fantasía de que una política institucional o una buena medida política –por ejemplo, la Corte Penal Internacional o el alivio de la deuda– supondrán una palanca de Arquímedes para solucionar los males del mundo. Pero, ¿que Slobodan Milosevic esté encarcelado en La Haya, supone el primer paso hacia el fin de la impunidad para dictadores genocidas? Esto no parece mucho más probable que la idea de que la pena de muerte para asesinos tenga alguna capacidad para disuadir futuros asesinatos.

Sostener que, con toda probabilidad, la Corte Penal Internacional no supondrá más que la justicia de los vencedores frente a los asesinatos masivos de los Estados más débiles podría ser considerado de mal estilo, o un síntoma de negación congénita o de cinismo. Incluso, podría parecer una derogación de esa obligación básica de todo buen ciudadano global: ser optimistas. Además, ya que nadie quiere ser pesimista, pocos son los que expresan abiertamente estas preocupaciones (el equivalente político del lema de las pequeñas ciudades estadounidenses “si no puedes decir algo positivo, no digas nada”). Pero, ¿cuántas personas realmente creen que se puede hacer funcionar la ONU, que la justicia prevalecerá en el mundo o que algunas de las normas enmarcadas en el Derecho Internacional pueden ser reales en un futuro cercano? Si la reacción a la guerra en Irak sirve de indicación: pocos y con sobrados motivos.

De hecho, hasta donde se puede considerar que existe un sistema internacional coherente (en cualquier caso, un término más correcto que el de una comunidad internacional; ¿qué comunidad?), este sistema se está resquebrajando y lo hace a vistas de todo el mundo. No sólo es que no existe una comunidad internacional en el sentido estricto de unos valores, objetivos o moralidad compartidos; además, desde un punto de vista institucional, cada vez hay menos bloques, incluso en el sentido que la Guerra Fría dio al término. Por ejemplo, el G-77, un foro que sirve de portavoz para el mundo en vías de desarrollo, ahora experimenta pro-

Hasta donde se puede considerar que existe un sistema internacional coherente, éste se está resquebrajando y lo hace a vistas de todo el mundo

blemas para alcanzar acuerdos sobre cualquier asunto que vaya más allá de las recomendaciones genéricas. Previamente a la guerra en Irak se hicieron patentes las profundas divisiones dentro de la llamada familia transatlántica. Rupturas iguales o mayores se observaron también al interior de Europa durante el mismo periodo. Hay que olvidarse de la comunidad si no: cómo puede ser que exista un sistema internacional teniendo en cuenta que todo lo que hemos visto desde los atentados del 11-S ha supuesto la lenta pero constante erosión de la idea misma del consenso en las relaciones internacionales.

Responsabilidad e ideal estadounidense

Por desgracia, casi indudablemente EEUU ha tenido un papel determinante en el declive del sistema internacional. Los liberales tienden a culpar al Gobierno de Bush de esta situación pero, en realidad, la continuidad entre los Gobiernos de Bush y de Clinton es mucho mayor de lo que están dispuestos a reconocer los demócratas. Fue el Ejecutivo de Clinton el que enunció la doctrina de “con socios si se puede, solos si debemos”, en relación a la política exterior. Esta postura es básicamente la adoptada por Bush respecto a Irak. Posiblemente gracias a los aspectos atmosféricos y estéticos del poder, se pueda distinguir el actual gobierno del anterior pero, en esencia, comparten casi la misma visión en cuanto a los temas relativos al uso unilateral del poder militar estadounidense.

Afirmar esto no supone adherirse a la visión radical, personificada por personalidades de la izquierda más dura como Noam Chomsky en EEUU y Régis Debray en Francia, de que el colapso del sistema internacional es resultado de la malvada política exterior de EEUU. Tal análisis simplemente da la vuelta a la vieja retórica oficial sobre la bondad inherente de EEUU y su “excepcionalismo” (que surge una vez más en las obras de escritores conservadores como Robert Kagan y William Kristol). En lugar de ser la fuente de todo el bien, para Chomsky y fanáticos como él, EEUU es la fuente de todo mal. Si pudiese ser cambiada, ya sea por la resistencia dentro o fuera del país, los grandes problemas y males del mundo podrían empezar a ser tratados.

Como en toda fábula de superación del mal en el camino hacia una tierra de promisión —son muchas en esta época de terrorismo y de fariseísmo— ésta tiene un atractivo simplón. La realidad es que EEUU hace muchas cosas positivas en el mundo, al igual que muchas que son malvadas (por ejemplo, un sistema de aranceles que excluye a numerosos productos del Tercer Mundo, o la resistencia a cambios en las leyes de patentes, que pondrían a disposición de las poblaciones de países pobres unos fármacos desesperadamente necesarios). Pero, la crueldad en el mundo es todo menos un monopolio de EEUU. Hay algo curiosamente parroquial en las críticas de la izquierda; al igual que para los diseñadores de la política de Washington, en sus peores personificaciones, todo está vinculado a EEUU. En realidad, incluso si EEUU fuese un ciudadano global modélico, hay mucho menos que se pueda lograr para evitar guerras en el mundo pobre de lo que se imaginan los activistas de derechos humanos. ¿Es nuestro cometido imponer protectorados en Estados fallidos como Angola o Sierra Leona, al igual que

hicimos en Kosovo y en Timor Oriental? ¿Creen, realmente, los más radicales que los genocidios ocurren por culpa de Washington? Y, tras haber criticado a Washington por sus ingerencias, ¿tienen los radicales alguna idea sobre qué hacer específicamente respecto a la guerra en Sudán, la implosión del estado Indonesio o la guerra en la región de los Grandes Lagos de África?

No la tienen por el simple hecho de que cada caso es distinto, el resultado de una historia, de una demografía y de unas circunstancias políticas concretas. En ocasiones, EEUU está implicado pero, a menudo, no lo está. Asegurar lo contrario supondría incurrir en el mayor ademán imperial, arrebatando al mundo pobre su especificidad trágica y el caer en la trampa de la promoción conspiradora y de las llaves maestras explicativas. Es cierto que EEUU ha hecho mucho para socavar lo que existía de orden internacional y que, al optar por el tipo de unilateralismo desafiante que eligió en Irak, convirtió a la ONU en una cascarón vacío. Pero, el hecho de que la ONU sólo pueda ser eficaz si está apoyada (léase asegurada) por EEUU, muestra cuán poco realista llegó a ser el sistema. No se puede encontrar salvación alguna imaginando que sin la sombra maligna de EEUU, el mundo estaría camino hacia la recuperación. Por el contrario, tal razonamiento supone una afrenta contra la realidad.

Pero si la demonización de EEUU por parte de los radicales no lleva a ninguna parte, tampoco se puede esperar mucho de un sistema internacional que nunca ha tenido el poder suficiente para lograr el tipo de transformación social y equilibrio político al cual aspiraban sus fundadores.

¿Hacia dónde nos dirigimos?

Se está de acuerdo en que existen unas buenas reglas en el ámbito de las relaciones internacionales, de hecho, mejores que nunca. Pero éstas están muy lejos de convertirse en realidades. No sólo EEUU las subvierte, aunque cuando EEUU lo hace los efectos sobre el mundo son obviamente mucho más serios de lo que serían cuando otros países se comportan de una forma similar. Incluso países que declaran un apoyo total al sistema de la ONU, a los principios de la seguridad colectiva, al consenso y a la primacía del Derecho Internacional, en la práctica, raras veces cumplen. Pocos países se muestran más partidarios de la ONU que los Países Bajos. Pero ningún Gobierno holandés contemplaría acatar las exigencias sobre narcóticos de la ONU en relación a una estricta prohibición y castigo respecto a las drogas blandas. Claramente, existe una diferencia entre el subvertir las reglas sobre la guerra y las reglas sobre el consumo de marihuana, pero ambas revelan, a su manera, la falsedad de la idea de que los Estados subordinarían sus propios intereses en favor de los de una “comunidad” internacional ficticia. Toda política es local —adagio que podría ser de gran utilidad para los abogados internacionalistas y los activistas de derechos humanos si lo estudiaran de forma más seria y respetuosa—.

Esta afirmación no equivale a exigir que las personas dejen de soñar en un mundo mejor. Muchos aún aspiramos a la idea de la ciudadanía global, y anhelamos la llegada del día en el que las palabras “comunidad internacional” no sean

objeto de amargas sonrisas o encogimientos de hombros. Pero, es esencial entender lo lejos que está aún ese día y que actuemos consecuentemente. En la actualidad, los ánimos entre los llamados progresistas en EEUU, y tras la aplastante victoria de EEUU en Irak, son cada vez más de desencanto y de amarga resignación. Hay gran aprensión respecto de la gestación de un imperio estadounidense, y mucha ansiedad en cuanto a la deriva del país, sobre todo en relación con las libertades civiles; mucha (y a mi parecer grotescamente innecesaria) nostalgia por el Gobierno de Clinton, mientras que simultáneamente el temor legítimo hacia el terrorismo, engendrado por los ataques del 11-S, sigue pesando sobre la comprensión ciudadana de lo que puede depararles el futuro.

¿Qué se debe y puede hacer?

Mientras tanto, empezamos a aceptar que términos como “comunidad internacional”, “ciudadanía global” y “revolución de los derechos humanos” han sido desmascarados como hiperbólicos e inadecuados, en el mejor de los casos, para el momento actual. Si no serían como el equivalente de la publicidad engañosa en el ámbito de las relaciones internacionales. Ha llegado el momento de la modestia y el realismo. En este sentido, el desencanto causado por el menosprecio estadounidense hacia las reglas del sistema internacional, en su camino hacia la guerra en Irak, podría suponer una ocasión para reconsiderar el realismo. Esto no surgirá naturalmente. En las mentes de la mayoría de los llamados progresistas, el realismo está asociado con la derecha, con los crímenes de Henry Kissinger y las brutalidades del orden neoliberal actual. Pero, del mismo modo que existen varias especies de idealismo, del “unimundismo” irracional, a la glosa del Gobierno de Bush sobre el “wilsonismo” imperial y musculoso, existen numerosas variantes del realismo. Éstas merecen ser exploradas, ahora que el imperio es la última moda. El tipo de realista que describo tendería a mostrarse más contrario a todo intento de imponer la democracia mediante las armas de lo que lo haría un idealista, para quien, desgraciadamente, el uso de la fuerza es casi siempre interesante si la causa es suficientemente atractiva. Además, un realista podría insistir en que las tendencias actuales en el mundo son imposibles de sostener. Existen numerosos temas y causas que, aunque generalmente se conjuguen en el idioma del idealismo, son, en realidad, más fáciles de justificar en nombre del realismo.

Es cierto que el realismo es fundamentalmente defensivo. Pero esto no tiene por qué ser intrínsecamente malo en una época en la que la idea del internacionalismo se ha visto tan devaluada que defenderla según los términos convencionales, idealistas, de una ciudadanía global, sólo puede llevar a la decepción; que a su vez llevará, casi inevitablemente, a que las personas más comprometidas se hagan más cínicas, lo cual les alejaría de un serio compromiso con la política internacional. Tras haber conformado la sabiduría convencional durante tanto tiempo, la versión idealista de lo internacional, al igual que la sabiduría convencional respecto a la viabilidad de un sistema internacional tal y como está planteado en la actualidad, ha sido desvelada como lo que es en realidad: una mezcla de tópicos, piedad e ilusiones. Si se cree que éste siempre ha sido el destino del idealismo, o que el con-

cepto ha sido secuestrado, la triste verdad es que el idealismo se ha convertido en un sistema de creencias militante. Son los sueños, terribles para mis oídos de Che Guevara, de crear un “nuevo hombre”. Son los cristianos y musulmanes en África convirtiendo el proselitismo de la fe en una variante bélica. Es Osama Bin Laden, los salafistas en el Norte de África, los wahabíes en Oriente Medio, Bosnia, los guetos musulmanes en Europa occidental y los deobandíes en Cachemira, que fantasean con la restauración de la pureza y la integridad de un *ummah* musulmán fundamentalista. Temo, y espero equivocarme, que también incluye a Paul Wolfowitz imaginándose que puede democratizar Oriente Medio con las armas.

Por el contrario, el realista es anti-utópico, escéptico y consciente de la intuición de que, aunque puede que existan muchos males que deben ser corregidos y numerosas causas que merecen ser defendidas, no todo es posible y menos aún “otro” mundo, parafraseando el eslogan del movimiento antiglobalización. Tal y como escribió el científico británico J.D. Bernal: “existe la historia del deseo y la historia del destino, y la razón humana jamás ha logrado aprender a diferenciar entre ambas”. Puede que sea una curiosa afirmación para un marxista comprometido como Bernal pero, en todo caso, es una perfecta síntesis del credo realista.

Existen pocos motivos para la esperanza, y muchas razones para temer el futuro. A pesar de todas las nuevas normas, no existen pruebas de que la influencia de la moralidad y la virtud hayan aumentado en las relaciones internacionales. Por el contrario, parece que una vez más nos adentramos en el universo hobbesiano de la fuerza, del que los fundadores de la ONU imaginaban que estaban alejando al mundo. La guerra en Irak fue correctamente identificada como precursora de este mundo más frío, lo cual explica los motivos por los que muchas personas decentes, independientemente de su deseo de guardar silencio sobre las malas noticias, han dado la espalda a la esperanza y a la creencia en una ciudadanía global.

¿Hay algo que se pueda hacer? El movimiento medioambiental ofrece el mejor modelo, hasta la fecha, del tipo de realismo que he estado esbozando. Después de todo, el activismo medioambiental está basado en unos sólidos cimientos, de severos cálculos realistas: la percepción de que la supervivencia de la humanidad depende de una reestructuración fundamental de nuestra forma actual de vida. Su precepto base es que conseguir que las personas piensen de una forma distinta sobre el medio ambiente debe lograrse, no apelando al altruismo de éstas, sino a su propio interés. En principio, no habría motivos por los que estas mismas consideraciones no puedan ser exportadas al ámbito de las relaciones internacionales. Indudablemente, ésta es una escueta base para la esperanza, pero, en este momento, bien podría ser lo único que tenemos a nuestra disposición, por mucho que deseemos que la situación sea distinta.